

providencia, los académicos dudaban de la existencia de la divinidad, y los estoicos la inmortalidad del alma. Las sectas menos célebres no tenían mejores sentimientos... ¿Hubo alguna que no cayese en algun error peligroso? ¿Qué diremos de la distincion de las dos doctrinas, recibidas con tal ansia por todos los filósofos, y por la que profesaban en secreto sentimientos contrarios á los que enseñaban públicamente?... Halláronse tan bien los filósofos con este método, que se vió propagado con rapidez por la Grecia, pasando de allí á Roma....

« La doctrina interior no se ha llevado desde Europa á la China; pero ha nacido allí tambien con la filosofía, y á ella deben los Chinos esta caterva de ateos ó filósofos que hay entre ellos. La historia de esta fatal doctrina, hecha por un hombre instruido y sincero, seria un terrible golpe dado á la filosofía antigua y moderna. Pero la filosofía se atreverá siempre contra la razon, la verdad, y aun el tiempo mismo, porque tiene su principio en el orgullo humano, mas fuerte que todo esto. » Réponse au roi de Pologne, p. 263 y sig. not. edic. de 1793.

## CAPITULO VII.

LA SENDA DEL RACIOCINIO O DE LA DISCUSION NO ES EL MEDIO GENERAL DADO A LOS HOMBRES PARA DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

Lo que tenemos mas grande y al mismo tiempo mas intimo es nuestra razon, nuestro entendimiento, esta facultad sublime de conocer que nos hace semejantes á Dios, pues que por ella llegamos á ser partícipes de su ser ó de su

verdad. Elevados así sobre la creación material, sobre los mundos que giran en el espacio, sobre los seres que han recibido vida, pero no inteligencia, no nos es posible concebir una idea demasiado elevada de nosotros mismos. Con nuestro pensamiento tocamos por todas partes lo infinito. Ningun tiempo puede limitar el pensamiento, ninguna extensión circunscribirlo, y solo Dios es tan grande que pueda contenerlo en su inmensidad.

No es pues por glorificarse en su razón por lo que el hombre se extravía, sino porque se engaña acerca de su naturaleza, atribuyéndose lo que no le pertenece. En su orgullo confunde la capacidad de conocer con la potencia de producir. Olvida que su inteligencia puramente pasiva en su origen, nace y se desenvuelve con el auxilio de las verdades que se la dan, y que no posee cosa que no haya recibido. Dotado del poder de combinar estas verdades primitivas y de sacar consecuencias, poder limitado como toda acción de un ser finito, busca en sí la certeza ó última razón de las cosas, y no hallándola comienza á dudar. Las verdades se retiran, la noche reina;

en medio de esta noche ya no se conoce á sí mismo; solo, pagado y altivo por su soledad, quiere crear; remueve y vuelve en su fantasía mil memorias obscuras, y cree poblar de seres reales su entendimiento desierto, porque evoca fantasmas. Mas desengañado muy pronto y cansado de este trabajo vano, cierra los ojos y se adormece y aletarga en eternas tinieblas.

Fuera de Dios todo es contingente; fuera de él nada existe sino por su voluntad; él solo es ó existe necesariamente; luego él solo posee en sí mismo la certeza. Está cierto de su ser porque se conoce; está cierto de la existencia de los demás seres, porque conoce sus voluntades; y toda la certeza que podemos tener nos viene de él y se funda en su testimonio. Aquí es donde es necesario venir siempre á parar, á un testimonio, á una primera autoridad infalible, y sin esto ni aun raciocinar es posible; porque todo raciocinio presupone alguna verdad anterior, algun principio de donde se parte y que no se prueba, y que, por lo mismo, no puede ser cierto sino suponiendo la infalibilidad de la razón ó de la autoridad que le atestigua. Nada importa que no se

comprenda claramente este principio, esta verdad. Querer comprenderlo todo, es querer negarlo todo. Y en efecto ¿qué comprendemos? No hay una ley en la naturaleza que no encierre el infinito, por consiguiente ni un fenómeno que el hombre pueda explicar y comprender plenamente.

¿Cómo, pues, podría llegar á descubrir con certeza por el raciocinio la verdadera Religión? Conocer la Religión es conocer á Dios, es conocer al hombre, su naturaleza y las relaciones que derivan de ella, ó las leyes de la inteligencia: y se quiere ir á buscarlas en las soledades de un espíritu, de donde se habrá desterrado toda idea recibida por la confianza en el testimonio de los demas hombres ó de la sociedad. ¿Es así como ha vivido el hombre? ¿Se conserva de este modo? ¿Antes de admitir las primeras nociones y cuando á nada podia compararlas las ha examinado? ¿Explíquese como, ó con que se podia suplir la enseñanza primitiva, la palabra que le revelò su propia existencia, cuando su pensamiento, su voluntad y todo dormia en él? Obligada la razon, que no existe sino por la verdad,

pues que no es mas que la verdad conocida por todos, á obrar antes de ser ó de crearse á si misma, hubiera permanecido eternamente inerte, eternamente en tinieblas; nunca la luz se hubiera levantado sobre el mundo intelectual. Cuando los espíritus, arrebatados por el deseo de la independencia quieren vivir en este estado contrario á la naturaleza, cuando rehusan creer, y pretenden someterlo todo al exámen particular, esta luz brillante poco á poco se debilita y se apaga. Representémonos un hombre á quien se le diga: «Olvida todo lo que has aprendido de tus semejantes, olvida todo lo que sabes. De secha de tu espíritu hasta la última idea, déjale vacío y luego busca en este vacío la verdad. ¿No equivale esto á decirle al alma: Muere, y despues busca en la nada una vida que á nadie pertenezca mas que á tí?» ¿Puede imaginarse una contradiccion mas evidente? Porque sin verdad no hay accion, no hay voluntad, no hay vida; y si la razon retiene una verdad, sola una, esta será necesariamente una verdad creída sin demostrarse, una verdad de fe, y por tanto todas las que se deduzcan no tendrán otro

fundamento, otra certeza que esta misma fe.

¿ Se supondrá que el hombre nace con ciertas verdades impresas en su entendimiento, las cuales fecundadas luego por la razón vienen á ser el principio de sus conocimientos posteriores? Esto sería reproducir, bajo otro aspecto, la hipótesis de los sentimientos innatos, hipótesis absurda y refutada completamente por la experiencia. Sea cual fuere la modificación que se la dé, reduciendo el número de verdades de sentimiento y concediendo á la razón el privilegio de deducir las otras verdades necesarias, no haría mas que añadir nuevos embarazos y nuevas contradicciones; porque este sistema mixto, sin deshacer ninguna dificultad, estaría sujeto á todas aquellas que presenta cada uno de los otros dos. Se exigiria siempre al sentimiento se manifestase de un modo uniforme, general, invencible, y á la razón que diese la prueba de su infalibilidad.

Mas consideremos al hombre tal cual es, formado por la sociedad, enriquecido por los conocimientos, é ilustrado por las verdades que recibe de ella. Apenas ha establecido su razón individual juez de estas verdades, cuando todas sucesiva-

mente se le huyen<sup>1</sup>. La razón quiere al punto concebir, y es muy justo, puesto que se hace de la razón el fundamento de las creencias. De aqui su primera regla, que es no creer mas que lo que concibe. Oigamos á Rousseau.

« Con respecto á los dogmas me dice mi razón  
« que deben ser claros, luminosos, y de una  
« evidencia palpable. Si la religion natural es  
« insuficiente, es por la obscuridad que deja en  
« las verdades grandes que nos enseña. A la reve-  
« lacion toca enseñarnos estas verdades de un  
« modo sensible al espíritu del hombre, poner-  
« las á su alcance, y *hacérselas concebir para  
« que las crea*<sup>1</sup>. »

Se sigue que, aun admitiendo que el hombre

\* Un padre antiguo dice, hablando de los diversos sistemas de los filósofos sobre la divinidad: « No es de Dios de quien los tienen, sino que cada uno los ha imaginado á su gusto. He aqui por que se han extraviado, y dividido en tan varias opiniones sobre Dios, sobre la naturaleza y el mundo. » ATHENAG. *Apolog.* n. 7. *Emilio*, lib. IV.—En otro lugar habla así el mismo Rousseau: « Cuanto mas me esfuerzo á contemplar su esencia infinita, la esencia de Dios, *menos la concibo*; pero ella existe, esto me basta; cuanto menos la concibo mas la adoro. » (*Ibid.*) Creia sin embargo en él pues que le adoraba, y creia en él sin concebirle. ¿ Qué lógica, ó qué buena fe!

puede concebir perfectamente un dogma cualquiera, es decir, concebir claramente lo infinito, ó conocer á Dios como él se conoce á si mismo; todavía no siendo los espíritus igualmente fuertes, igualmente rectos, ni estando igualmente cultivados, uno concebirá mas y otro menos, y por consiguiente los dogmas y las obligaciones que de ellos se derivan, variarán para cada uno segun la rectitud y extension de su razon<sup>1</sup>. Este deberá creer lo que aquel debe desechár porque no lo concibe. A tantas razones corresponderán otros tantos simbolos, morales distintas y religiones diversas. Sin embargo, hemos visto que no hay mas que una religion verdadera, y que fuera de ella no hay salud<sup>2</sup>. He aquí pues la mayor parte de los hombres perdidos para siempre, por haber usado escrupulosamente del único medio que

<sup>1</sup> « Habiendo sido los hombres tan diversamente organizados, no se hubieran persuadido todos por los mismos argumentos, sobre todo en materia de fe. Lo que parece al uno evidente, no parece al otro ni aun probable: el uno, por su modo de pensar, no se siente movido sino por un género de pruebas, el otro no se mueve sino en sentido del todo diferente. » ROUSSEAU. *Letres écrites de la Montagne, lettr. III, p. 83. Paris, 1795.*

<sup>2</sup> Véase la part. III, cap. IV.

Dios les habia dado para descubrir las leyes que deben obedecer. No perderia su fuerza la objecion, cuando solo uno fuese el que se perdiese; y supuesto que la razon particular sea la regla de fe, no hay porque titubear al decir con Rousseau: « Si hubiese una religion en la tierra fuera de la cual amenazase pena eterna, y en cualquier lugar del mundo un solo mortal de buena fe no se hubiese convencido de su evidencia, el Dios de esta Religion seria el tirano, mas inicuo y cruel<sup>1</sup>. »

Ahora bien, es cierto que el hombre muere ó padece una pena eterna, si viola esencialmente el órden moral ó las leyes de su naturaleza inteligente<sup>2</sup>. Tambien es cierto, que luego que los

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> Véase la part. III, cap. IV. — ¿Cómo sabemos que nuestro cuerpo morirá? Porque nos enseña el testimonio universal ser la muerte una ley de nuestra naturaleza física, de la que nadie se libra jamas. No tenemos otra certeza de ello; y es tambien cierto que estamos seguros de morir pronto, si tomamos un veneno, ó si de cualquier otro modo violamos la ley de nuestra organizacion. Ahora bien, un testimonio no menos unánime nos enseña que la muerte espiritual es una consecuencia inevitable de la violacion de las leyes de nuestra naturaleza espiritual. Supuesta esta violacion, la muerte espiritual es por

hombres comienzan á raciocinar sobre estas leyes, á someterlas á su juicio, se dividen, y ya no *ven de un mismo modo su evidencia*: rodeándolas, por el contrario, con las tinieblas de su entendimiento, las obscurecen, y desaparecen estas leyes en medio de sus vanas especulaciones. Luego el raciocinio no es el medio por donde han de llegar á conocerlas; si lo fuese sería necesario acusar á Dios de insensatez ó tiranía.

Para mas convencernos, recorramos los anales de la filosofía en los diversos pueblos; veamos qué luces debieron á esta poderosa razon que se nos presenta como guia.

Se encuentra entre los antiguos dos cosas que casi igualmente nos sorprenden, ó por mejor decir, dos doctrinas tan opuestas, que evidentemente no es posible tengan un mismo origen; las verdades mas sublimes y los errores mas monstruosos, los preceptos mas puros y las

consiguiente *tan cierta* como la física: y que quien no cree la primera, no tiene motivo de creer la segunda. De aquí tal vez proviene que se haya imaginado Condorcet, llegarían los hombres á fuerza *de saber* hasta excusarse de la necesidad de morir. Véase su obra titulada *Bosquejo de una pintura de los progresos del entendimiento humano*.

máximas mas disolutas, creencias sociales y opiniones destructoras de la sociedad. Las unas venían de la tradicion, las otras de la razon; y cuando la tradicion se debilitó y la razon ocupó su lugar, el mundo se desplomó, y faltó poco para que se hundiese en el abismo.

Este fué el siglo de la filosofía, que no es en efecto mas que reemplazar la tradicion por la razon, como Diderot expresamente lo dice. « El hombre ha nacido para pensar por si mismo.... No siendo la filosofía de los Caldeos, sino un monton de máximas y dogmas, que transmitieron por el conducto de la tradicion, no merecen de modo alguno el nombre de filósofos. No conviene este título en toda la fuerza del término mas que á los Griegos y á los Romanos, que los imitaron, siguiendo sus pisadas; porque cuanto á las demas naciones, se debe formar el mismo juicio que de los Caldeos, atendido reinaba en ellas el mismo espíritu de servidumbre que entre aquellos; en lugar que los Griegos y los Romanos se atrevían á pensar por si mismos. No creían mas que lo que veían ó al menos lo que se imaginaban ver. » ¿Y qué han ganado en esto? Oigase aun á Diderot: « Si el espíritu sistemático los ha precipitado en un gran número de errores, es porque no nos es permitido descubrir de repente, y como por una especie de instinto, la verdad. *No podemos llegar á ella sino pasando por muchas impropiedades y extravagancias*; esta es una ley, á la que nos ha sometido la naturaleza. Pero apurando todas las necesidades que sobre cada cosa pueden decirse, nos han hecho los Griegos un servicio importante, por habernos como forzado á tomar casi al principio de nuestra carrera el camino de la verdad. » (*Philosophie des Chaldéens; OEuvres de Diderot*, tom. I, p. 439. 460. Edic. de

Hemos oído hablar tanto de paganismo, estamos desde la niñez tan familiarizados con su mitología y su culto, que esto impide nos llame la atención como debía, este grande desvario del espíritu humano ¿Qué hacia la razón en estos siglos? Creía en Júpiter, en Marte, en Venus. No se ve haya protegido siquiera una verdad ni desechado un solo error. Y cuando las pasiones llegaron á disgustarla de sus estúpidas creencias ¿trajo á los hombres á principios mas seguros, á opiniones mas sanas? ¿Dónde halláremos un pueblo, en el cual haya abolido la idolatría, cuyas costumbres haya reformado? En ninguna parte. ¿Qué hizo pues la razón? Dejó los vicios divinizados en posesión de sus templos, y combatió con todo su poder las verdades tradicionales, que en todas partes estaban mezcladas con los errores locales del paganismo. Creó las doc-

1775.) Ya sería algo estar en el camino de la verdad, pero para tener derecho á decir que se está en él, sería preciso por lo menos estar de acuerdo sobre lo que es verdad, y los filósofos no lo están. Cuanto á lo demás, siempre es bueno saber no se debe el título de filósofo, en toda la fuerza del término, sino á hombres, cuyo mérito único está en haber apurado casi todas las necesidades que se han podido decir sobre cada cosa.

trinas de la nada y las costumbres del siglo de Tiberio; formó á Petronio y Neron.

No referirémos aquí las innumerables opiniones de los filósofos, sus disputas, sus contradicciones acerca de los objetos mas importantes. ¿Qué dogma hay que ellos no hayan negado? ¿cuál es la obligación que han respetado? La

1 Casi todos los filósofos antiguos han admitido la eternidad de la materia, opinion que es incompatible con la existencia eterna de Dios. Los estóicos creían además en no sé qué necesidad fatal que todo lo arrastraba y hasta los mismos dioses. En cuanto á la moral sostenían que las mugeres debían ser comunes entre los sabios, y que el sabio podía si queria darse la muerte. Condenaban la compasión y piedad, y negaban los males no pudiendo escapar de ellos. (Véase la XIII<sup>a</sup> Dissert. de Thomasius sur la Philosophie stoïcienne, et la rem. H sur l'article Chrysippe dans le Dictionnaire de Bayle. DIOG. LAERT. lib. VII, pág. 120 y 131.)

— Antisteno y sus discipulos enseñaban que las leyes del matrimonio no eran mas que una sujecion inútil, que nada habia vergonzoso, etc. (DIOG. LAERT., lib. VI, n. 72.) Aristipo, gefe de los cirenáicos, miraba las leyes civiles y costumbres como el fundamento único de lo justo é injusto. Hacia consistir el soberano bien en el deleite (*Ibid.*, n. 87, 88 y 95). — Aristóteles habla siempre dudoso acerca de la inmortalidad del alma y de la Providencia. Pretende, como observa Grocio, que el adulterio cometido por satisfacer el apetito, y un asesinato por efecto de cólera, no deben colocarse propiamente en el número de las injusticias. Quiere como Licurgo y Platon que no se crie á los niños que na-

historia de la filosofía es la historia de las dudas. Y no se crea por eso eran espíritus vulgares estos antiguos sabios; si la razón sola debía conducirnos á la verdad, ¿quién podía llegar á ella con mas facilidad que Platon, el talento mas sublime de la Grecia, ni con mas seguridad que Aristóteles que redujo á algunas reglas invariables los modos todos del raciocinio? Sin embar-

cen con algun defecto; y que si las leyes prohiben abandonarlos, se haga abortar á las mugeres cuando están en cinta, luego que ya tienen el número de hijos que pide el interes del Estado. (ARIST. *Polit.* lib. VII, c. XVI. PLAT. *de Republ.* lib. V. PLUTAR. *in Lyc.*) Justifica el robo y, de acuerdo en esto con Ciceron, hace de la venganza una virtud ó una obligacion natural. (ARIST. *de morib., ad Nicomach.* lib. IV, c. II. CICEB. *de Invent.* lib. II, c. XXII.)—Xenofonte cuenta tambien en el número de las ventajas de la dignidad real, el poder dañar á sus enemigos: *ἰκανώτατοι δ' ἔσσι κελώσαι μὲν ἐχθροῦς, ἀνήκει δὲ φίλους (Hier.)*. Permite y aun aconseja el engañar á los desconfiados: *Καὶ τὸ μὲν ἀπιστοῦντας ἐξαπατᾶν σοφὸν ἔκρινε τὸ δὲ πιστεύοντας ἀνόσιον (Ibid.)*. La muger que falta á su mayor obligacion, no siendo mas que por circunstancia, *κατὰ συμφορὰν*, no por eso deja de ser estimable, á su parecer, en tanto que permanezca fiel al que la sedujo: *Ἐπεὶ ὅταν γε ἀπροδιστάσῃ κατὰ συμφορὰν τινα γυνή, κ. τ. λ. (Ibid.)* Me canso de referir tantos horrores y locuras. He aquí al cabo el fruto de los trabajos de la razón en Roma y Grecia, en los siglos mas ilustrados.

go ellos no supieron mas que dudar y destruir como sus sucesores en la filosofía; y cuando, abandonando la tradición, quieren substituir sus pensamientos particulares, dicen cosas tan extravagantes que se avergüenza el espíritu humano. Ciceron mismo hace esta observacion: « No hay « absurdo que no lo haya dicho algun filósofo ». Ahora bien ¿ la religion del hombre se ha de componer de todos estos absurdos?

¿ Y qué, nuestra razón no es mas que un ins-

*Nihil tam absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum.* (CIC. *De Divinatione*, lib. II, n. 58.)—Hermias, autor cristiano, que vivió segun la opinion mas comun, al principio del siglo segundo, expone en un escrito muy corto pero ingenioso y divertido, las ridiculas visiones, como las eternas contradicciones de los filósofos, « quienes siempre y en todo « opuestos unos contra otros, se extravían en un vago inmenso, « sin jamas poder llegar á nada de útil ni de inteligible, por no « fundarse sus opiniones sobre algun hecho ni fundamento « sólido. »

*Ταῦτα μὲν τοίνυν διεξήλθον, βουλόμενος δεῖξαι τὴν ἐν τοῖς δόγμασιν οὐσαν αὐτῶν ἐναντιότητα, καὶ ὡς εἰς ἀπειρον αὐτοῖς καὶ ἀβρίστον πρόβεισιν ἢ ζήτησιν τῶν πραγμάτων, καὶ τὸ τέλος αὐτῶν ἀτέλεμαρτον, καὶ ἀχρηστον, ἔργω μὴδενὶ προδήλω καὶ λόγῳ σαφεῖ βεβαιούμενον.*

HERM. *Irrisio gentil. Philos. ad calc.* TATIAN. *contr. Græc. orat.* p. 180, Lut. (Paris), 1615.



trumento de error? ¿es indispensable que renunciemos á todo uso de ella? No; pero es necesario someterla á la razon general, que no es otra que la razon del mismo Dios. En vez de comenzar por la duda debe comenzar por la fe, porque la duda no produce ni engendra mas que dudas, y toda certeza se apoya sobre la fe; y esto es tan verdad que el mismo raciocinio supone la fe en la razon, y en el filósofo que no quiere oír mas que la suya, esta fe debe ser ilimitada y sin pruebas, porque preferir su razon á la razon de todos, es declararla infalible ó infinita.

La razon individual se forma y desenvuelve con el auxilio de la razon general. Ella cree, este es su primer acto; y como nada hay en ella anterior á estas creencias, si pretende remontarse mas alto, vuelve á entrar en las tinieblas de donde la fe la habia sacado.

En el momento pues que la razon aspira á la independencía, camina hácia la muerte. Pero además es tanta su debilidad irreparable, que casi á cada paso se extravía, si no es de nuevo encaminada por una razon mas sublime. No

porque no exista entre ella y la verdad una relacion natural, pues que nuestra razon no es mas que la facultad de conocer, y nada se conoce realmente fuera de lo que es verdadero, ó lo que es: ¿Pero la razon nunca se engaña? ¿Ve siempre efectivamente lo que se figura ver? ¿No puede llegar á tener conviccion del error? ¿Y en qué se diferencia esta conviccion con respecto al hombre, de la conviccion de la verdad? Y si la razon algunas veces nos muestra como verdadero lo que es falso, y recíprocamente, nuestros juicios no pueden ser ya una regla segura de certidumbre; el edificio de nuestros conocimientos se hunde; nada podemos negar ni afir-

« El que conoce, ¿conoce algo, ú nada? — Ciertamente conoce algo. — Y ¿es lo que existe ó lo que no existe? Lo que existe; porque ¿cómo podría él conocer lo que no existe. Luego es constante que solo el Ser puede ser conocido, y que no seria posible conocer de modo alguno lo que no existe. »

Ὁ γινώσκων, γινώσκει τί, ἢ οὐδέν; Ἀποκρινόμεναι ἔτι γινώσκει τί. Πότερον ὄν, ἢ οὐκ ὄν; Ὄν. Ἰκανῶς οὖν τοῦτο ἔχομεν... ὅτι τὸ μὲν παντελῶς ὄν, παντελῶς γνωστόν, μὴ ὄν δὲ μηδαμῆ πάντῃ ἀγνωστόν.

PLAT. *de Rep.*, lib. V. tom. VII. *Oper.*, p. 39 y 60. Edic. Bipont.

mar absolutamente, y la sabiduría no es otra cosa que una duda universal.

Pero puede ser que nosotros exageremos la flaqueza del espíritu humano. ¡Ay! todos sabemos si es fácil exagerarla, y cada uno, sin necesidad mas que de su experiencia, puede conocerlo\*.

Examinemos sin embargo lo que pensaron aquellos hombres á quienes de comun acuerdo se concede la superioridad mas elevada de razon. Yo quiero tambien oigamos con preferencia entre todos los antiguos á los gefes del dogmatismo. Aparece el primero, Platon que, atribuyendo solo á Dios la plenitud de inteligencia, declara que apenas poseemos nosotros un *pequeño fragmento*<sup>1</sup>. Pero esta inteligencia tan corta ¿no podrá al menos abrazar con firmeza alguna verdad, y contemplarla cara á cara? No; responde Aristóteles: «Así como ciertos pájaros

\* Es digno de observarse que una confianza grande en la propia razon se ha mirado siempre como un signo de estupidez, y el menosprecio de la razon general como una locura.

<sup>1</sup> Βραχύ τι. In Tim.

no pueden soportar el brillo del sol, nuestro espíritu se deslumbra y ofusca con la luz de la «verdad». Hemos ya referido en otra parte la opinion de Plinio<sup>2</sup>. Anterior á él, se espantaba Ciceron al verse como hundido «en no sé qué error ó en una prodigiosa ignorancia de la verdad»<sup>3</sup>. Seria fácil citar muchos pasages semejantes; porque cualquiera que ejercita su razon no tarda en encontrar sus limites, y, engañado en la esperanza que habia concebido de ella, es casi siempre su último pensamiento desdeñoso, y su última palabra una queja amarga.

Cosa notable: los siglos vuelan, las verdades primitivas se desenvuelven y disipan los errores contrarios; la sociedad hace inmensos progresos, y el hombre individual no se muda, su razon ilustrada por una nueva luz, se queda

<sup>1</sup> Ὅσπερ γὰρ καὶ τὰ τῶν νυκτερίδων ὄμματα κ. τ. λ. Sicut enim vesperilionum oculi ad lumen diei se habent, ita et animi nostri mens ad ea quae omnia sunt clarissima. ARISTOT. Metaph., lib. II, cap. 1.

<sup>2</sup> Véase la part. III, cap. 1. pág. 27.

<sup>3</sup> Sed nescio qui nos teneat error, aut mirabilis ignoratio veri. Cic. De Consolatione; ap. Lactant. Divin. Inst., lib. III, cap. XIV.

igualmente débil, igualmente impotente : ¡ tan cierto es que nada es por sí misma ! Acabamos de oír á Aristóteles y Platon llorar esta impotencia ; oigamos ahora á Pascal y Bossuet.

« La naturaleza confunde á los pirrónicos, y la razon los dogmatizantes, ¿ En qué pues pararás, ó hombre, que deseas conocer y buscar tu verdadera condicion por tu razon natural? No puedes huir de una de estas dos sèctas, ni substitir en ninguna. ¿ Dirá que conoce ciertamente la verdad, este mismo que, por poco que se le estreche, no puede mostrar ningun título, y tiene por fuerza que soltar la presa, y darse por vencido? »

Asi en la guerra continua que nos vemos obligados á sostener contra la ignorancia y el error, la razon que pelea sola, sucumbe infaliblemente. ¿ Llega alguna vez á vencer? ¿ Y qué adelanta, cuando no puede estar cierta de haber vencido, y que una noche fúnebre envuelve del mismo modo sus triunfos que sus derrotas? Esto es lo que han visto y conocido los espíritus mas fuertes, y esto es lo que les consterna cuando volviendo en sí mismos, se miran atentamente.

Entonces sale del fondo de estas grandes almas un grito como de angustia : « ¿ Conocemos la verdad entre las tinieblas que nos rodean? »  
 « ¡ Ay ! durante estos dias de tinieblas vemos lucir de tiempo en tiempo algun rayo imperfecto. Asi nuestra razon incierta no sabe que hacer ni á que atenerse en estas sombras. Si se contenta con seguir sus sentidos, no ve mas que la corteza ; si quiere penetrar mas adelante, su propia sutileza le confunde. ¿ No se ven obligados á cada paso los mas doctos á quedarse en medio del camino? O evitan las dificultades, ó disimulan y ponen buen semblante, ó aventuran lo que se les presenta sin entenderlo bien, ó se engañan á las claras y caen bajo la carga. ¿ Qué haré, dónde me moveré, sitiado de todos lados por la opinion ó el error? Desconfio de los otros, y yo mismo no me atrevo á creer en mis propias luces. Apenas creo yo ver cuanto veo y tener lo que tengo, por haber hallado á mi razon tantas veces errada . . . »